

edificio, es menester que vosotros, piedras vivas del místico templo de Jesús, permanezcáis firmemente unidos, y fundados sobre el cimiento en que Cristo edificó su Iglesia.

Esta piedra fundamental, bien lo sabéis, es Pedro, príncipe del Senado apostólico, que persevera y vive, como dice San León Magno, en su sucesor el Romano Pontífice, y que habla, como exclamó á una voz el Concilio de Calcedonia, por la boca de León, lo mismo que aquél, Vicario de Jesucristo. Centro de la unidad católica, baluarte y fundamento de la verdad, el supremo Jarca tiene derecho á nuestra obediencia y acatamiento, no sólo en aquellas cosas que nos manda creer bajo pena de anatema, sino en todo aquello que nos indique, nos ordene, nos manifieste. Roca inquebrantable, contra la cual se estrellan impotentes las olas de la mar agitada del mundo y los vendavales del infierno, ni se conmovirá, ni sufrirá detrimento, porque una ó muchas piedras de las que sobre ella se apoyan, caigan ó se desmoronen. Quien perderá serán los desdichados que del catolicismo se separen, ya sea individualmente ó en masa, ya sea en grupos pequeños ó por naciones.

Yace abyecta y esclavizada la Iglesia cismática de Oriente. Ahoga, bajo la prosperidad material, sus amargas lágrimas, el protestantismo, dividido y subdividido en sectas hasta lo infinito, y viendo pulverizados sus principios, por causa de los mismos principios, tan disolventes y destructores, que sentó al empezar su ilegítima vida. Entretanto la Iglesia católica, á pesar de tan cruda guerra y tantas defecciones, sigue aumentando, sigue creciendo, sigue dilatándose. Ahora que se hacen tantos

esfuerzos para daros á entender que la religión católica va *pasando de moda*, envejeciendo, desmoronándose; ahora que tantos ardides se emplean en estas regiones para obligaros á creer que las sectas protestantes son numerosas, y fuertes, y poderosas, mucho más que la religión verdadera; ahora que se os quiere arrojar polvo en los ojos trayéndoos por centenares, ya ministros anabaptistas, como el año pasado, ya maestras de escuela cuyo único mérito es profesar y enseñar la herejía; ahora que de tal manera se trata de alucinaros y seduciros, sabed para vuestro consuelo que la Iglesia católica es más numerosa, no sólo que cada una de las sectas protestantes individualmente, sino que todas ellas juntas; no sólo que el judaismo ó el cisma griego, sino aun que el mahometismo; no sólo que el brahmanismo, sino aun que las diversas sectas de budhistas, taoistas, confucistas y demás infieles y paganos separadamente consideradas.<sup>1</sup>

Enorgulleceos de pertenecer á una Iglesia tan vasta, tan grandiosa, tan sólida; fundada por Jesucristo mismo sobre piedra, siempre extendiéndose, siempre dilatándose, siempre combatida y siempre triunfante de sus enemigos. ¡Oh cuán dulce me es el pensar que la Iglesia de que individualmente sois piedras vivas, y en que colectivamente como Iglesia particular, como Iglesia mía, formáis sólido muro, es en verdad aquella Casa del Señor construida con firmeza sin igual, y bien cimentada sobre roca durísima! *Hæc est domus Domini, firmiter ædificata; bene fundata est supra firmam petram.*

¿Qué diríais si alguno intentara socavar los cimientos

<sup>1</sup> Véase la reciente estadística de Juraschek-Innsbrück, 1884.

de este augusto templo, y sustituir la dura roca con arena movediza? Aunque fuera so pretexto de un experimento, aunque se os dijera que la moderna arquitectura no exige cimientos, y se os mostrara como prueba alguna choza de salvajes ó una de esas casucas de madera tan comunes en la vecina República, estoy seguro que responderíais con una sonrisa de desprecio ó de lástima: ¡Una mole como la de esta Basílica sin piedra fundamental! Loco debe estar quien pretenda arrancar tan firme cimiento. Idos y dejad en paz esta casa fundada no en el aire ni sobre arena como las vuestras, sino sobre sólida roca; *bene fundata est supra firmam petram.*

Lo que vemos verificarse en las paredes de este templo (os diré de nuevo con San Agustín) debe espiritualmente realizarse en vosotros mismos; *quod hic factum corporaliter videmus in parietibus, spiritaliter fiat in mentibus.* Lo que responderíais al insensato que pretendiera dejar las elevadas paredes de esta gigantesca Basílica sin el indispensable cimiento, replicad á los que á cada instante os predicán que os separéis de la roca fundamental de la Iglesia, del Romano Pontífice y sus doctrinas. ¡Dejar la Iglesia de Jesucristo por sectas miserables fundadas por hombres, y por hombres viciosos! ¡Creer al primer aventurero recién llegado, más bien que al infalible Vicario del Señor! ¡Desoír á nuestros legítimos Pastores para escuchar la voz. . . de quién? De algún desconocido de esos que no han sabido, como los primeros misioneros que evangelizaron y civilizaron nuestro país, venir conforme al precepto del Evangelio, *sin saco ni alforjas*; sino que han aguardado el cómodo ferrocarril y la protección de católicos, renegados ó cobardes, para introducirse en una

tierra cristiana que ni los llama ni los quiere; que en vez de predicar á los gentiles, tratan de apartar de sus prácticas religiosas á cristianos más observantes que ellos mismos de la moral evangélica; que en vez de la caritativa predicación que atrae prosélitos, sólo saben burlarse de las creencias del país que les da inmerecida hospitalidad, injuriar al sucesor de San Pedro y á los dignatarios eclesiásticos, y lo que es más duro para un católico, blasfemar de la Madre de Dios y de los Santos que reinan en el cielo. ¡Ah! Dejar la Iglesia católica para correr en pos de semejantes aventureros, equivaldría á abandonar en medio del Océano una segura nave de alto porte, y acogerse á mal forjada balsa.

Hasta aquí ¡oh fieles que formáis mi Iglesia! puedo estar satisfecho de vosotros; y bien puedo decir de la Casa espiritual del Señor, de que sois piedras vivas: los cimientos son sólidos, la piedra fundamental es la que puso Jesucristo; bien asentado se halla el místico edificio sobre la roca inamovible del Sucesor de Pedro. *Bene fundata est supra firmam petram.*

Pero os lisonjearía abyectamente si os dijera que nada os hace falta. Estáis como el templo que acabo de bendecir: buenos son los fundamentos, bien construidas se hallan las paredes, elevadas y majestuosas son las bóvedas; pero aún falta el coronamiento; se echa de menos el oro en columnas y piedras, es menester destruir una gran parte de la defectuosa fachada.

Para ponerme completamente orgulloso del templo místico que forma mi grey, sería menester que os adornara á todos el oro precioso de una tierna piedad y de la frecuencia de Sacramentos. Si para confesar nuestros

pecados aguardamos á estar postrados en el lecho de muerte; si dejamos á Jesucristo encerrado en el tabernáculo sin visitarlo jamás ni menos recibirlo en nuestros pechos, ¿de qué nos sirve una fe meramente especulativa en su presencia real en la Eucaristía? ¿En qué nos diferenciamos de los herejes que la niegan?

Quisiera ver coronado vuestro místico templo con esa cúpula de la actividad cristiana, y del cielo por la gloria de Dios, que hace trabajar ardientemente por la dilatación de su reino; que funda escuelas y colegios para arrebatarse la generación naciente á la herejía y á la corrupción; que no descansa, que no se desalienta, que nunca está ociosa. Mientras no estéis animados de tal espíritu; mientras creáis que para cumplir vuestro deber basta permanecer encerrados en vuestras casas, sin hacer nada ni afanarse por nada en favor de la religión, perded la esperanza de que prospere nuestra Iglesia como debiera; no os lisonjéis con la creencia de que haya nunca en estas comarcas esos vastos establecimientos de educación y beneficencia que el catolicismo, y sólo el catolicismo, sabe fundar y sostener.

Desearía, sobre todo, que vuestra fachada se renovase por completo. Aunque católicos en el fondo, veo muy pocos que se muestren tales franca y lealmente. Parece que tienen vergüenza de pertenecer á la religión que ha civilizado al mundo. Las ideas vertidas, el lenguaje, los términos empleados al hablar de Dios, de las virtudes cristianas, de la obediencia debida á la Iglesia docente, se toman más bien de la jerga de la revolución ó de la jerigonza del protestantismo, que del idioma dulce y claro del cristianismo. Si se trata de asociaciones, mientras

sobra quien se aliste paladinamente en *clubs* y sociedades de tendencias por lo menos poco cristianas, no es posible que se sostengan, entre varones, las conferencias de San Vicente, el tercer orden de San Francisco, ni esas otras piadosas cofradías que tanto recomienda el Padre Santo en su reciente maravillosa Encíclica sobre las sociedades secretas, cuya lectura y estudio no puedo menos que encareceros con todo el ahinco de que soy capaz.

Quiera el cielo que presto se terminen la fachada y cúpula de entrambos templos, el místico y el material. Entretanto, os diré, sirviéndome una vez más de las palabras del tantas ocasiones citado San Agustín, demos gracias ardientes al Señor Dios Nuestro, de quien proviene todo dón perfecto, toda gracia singular: alabemos su bondad y munificencia con todo el ahinco de nuestro corazón, porque se dignó visitar las almas de sus fieles, y moverlas eficazmente á la construcción de esta santa Casa. Él les inspiró amor á este santuario; Él les suministró socorros para que pudieran contribuir á los gastos de la obra. Él movió la voluntad hasta de los más reuuentes. Él secundó los esfuerzos de los hombres de buena voluntad y convirtió sus débiles tentativas en trabajos eficaces. *Fidelium suorum visitavit animum, excitavit affectum, surrogavit auxilium, inspiravit nequidum volentibus ut vellent, adiuvit bonæ voluntatis conatus ut facerent.* De esta suerte el Señor á quien se deben, no sólo nuestras buenas obras, sino los primeros buenos impulsos de nuestra voluntad, se dignó empezar Él mismo la fábrica santa, Él mismo la llevó á feliz término. *Ipsæ cœpit, ipse perfecit.*

Hagamos igualmente gracias rendidas á la Mujer pri-

vilegiada, escogida entre todas para ser la Madre de su propio Creador. Ella nos ha protegido constantemente desde el cielo, ella ha velado por este su pueblo, y hoy nos permite consagrarle el templo que, merced á su poderoso auxilio, hemos podido erigirle. ¿Qué mejor modo de celebrar su gloriosa Natividad que dedicándole este mismo templo, y colocando su imagen en el trono que le hemos levantado y desde el cual seguirá velando por nosotros é interponiendo su influjo, para apartar de nuestras cabezas los castigos que reclaman nuestros pecados? Ella, de quien no sin razón canta la Iglesia que ha destruido en el mundo todas las herejías, *cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo*, ella sea nuestro baluarte y nuestra defensa contra las sectas heterodoxas que pretenden sentar sus reales entre nosotros.

El ínclito San Ignacio de Loyola, suscitado por la Providencia para poner coto á los desmanes de Lutero y sus secuaces, nos pague el nuevo culto que hoy empezamos á tributarle en estas fronteras, conteniendo los avances de los sectarios y librando de sus garras á nuestra juventud. Los Santos todos cuyas imágenes aquí veneramos intercedan por nosotros, y nos alcancen la gracia de que, terminado en toda su extensión este santuario, y perfeccionado el templo místico de nuestras almas, lleguemos un día á contemplar al Señor cara á cara en derredor del altísimo trono en que reina eternamente en el cielo. Así sea.

## PLÁTICA

PRONUNCIADA EN LA SOLEMNE BENDICIÓN DE LA IGLESIA  
DE HUALAHUISES EL 20 DE OCTUBRE  
DE 1884.